

1229014

10

LA CRUZ BLANCA.

TRADICION GRANADINA.

I.

¡Pulvis erit!

Un delicioso y encantador panorama se presentaba á la vista desde el camino que conduce de Santafé á Granada, al terminar la recta avenida sombreada por copudos árboles que hoy es calle Real de San Lázaro, en una hermosa y apacible tarde del mes de Mayo, del año 1539 de nuestra era.

El sol, declinando hácia el ocaso, lanzaba sobre la poblacion sus últimos y más dorados rayos, tiñendo con ráfagas de topacio sus hermosas huertas, sus pintorescos edificios en forma de anfiteatro, las elevadas agujas de sus iglesias, y sus gigantescas montañas, que en el fondo se confundian con el záfiro de su cielo incomparable.

Al frente, en primer término, el extenso erial, cementerio de los árabes, hoy campo del Triunfo: más léjos, la magnífica puerta de Elvira (*vib-Elveira*) rompiendo la alta muralla que á la poblacion circuía, la que, perdiéndose á la vista por un lado en la puerta del Boqueron, y elevándose por el otro en desigual pendiente por el barrio de la Alcazaba, veíase como abandonada cinta por la cerca llamada de Don Gonzalo, hasta esconderse entre verdes árboles y floridos frutales.

Sobre la puerta de Elvira, la Monaita ó de la Bandera, y el barrio del Zenete y el Albaicin, destacando sus edificios entre irregulares masas de verdura, ondulosas como penachos floridos, sobre los rojizos tejados.

Más allá, fantásticas montañas de azuladas tintas, y aún más léjos, lo maravilloso, lo increíble, como vision de un sueño: la gigantesca Sierra, con sus nevados picos, que amenguando la distancia, por ilusion óptica, parecian unir

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
- GRANADA -	
Sala	C
Estante	40
Número	58(10)

sus rosados reflejos con los naranjos y limoneros de sus laderas; los hielos del Norte, en natural consorcio con la más exuberante vegetación tropical.

En aquella tarde, y en aquella hora, lucida aunque fúnebre comitiva avanzaba por el mencionado camino.

La comitiva una escogida tropa de caballeros y magnates de la corte del emperador Carlos V, que perfecta y lujosamente armados, montando briosos corceles, y acompañados por sus escuderos, palafreneros y pajes, rodeaban una espaciosa litera, en que iba colocado un ataúd de plomo.

Habiendo muerto en Toledo, el primer día de aquel mismo mes, la joven emperatriz doña Isabel de Portugal, era su cadáver trasladado, por voluntad del César, á la real capilla de Granada.

Negros eran los grandes paños de recamado terciopelo que cubrían el ataúd y el pesado vehículo, y los arneses, penachos y paramentos de los caballos que lo conducían, campeando en sus relieves y adornos de oro, el imperial blason. Los escuderos y los pajes llevaban encendidos gruesos blandones de amarilla cera, y cercaba el cortejo una escolta de lanzas de la guardia del emperador.

Próximo á la litera, conteniendo los arranques de un brioso potro cordobés, vistiendo rica armadura, pero sin airon ni divisa, en señal de duelo, cabalgaba, sin avanzar ni adelantar un paso, la cabeza inclinada sobre el pecho, y fija la vista en el régio ataúd, el marqués de Lombay, heredero del ducado de Gandía, encargado por D. Carlos de hacer entrega del cadáver de la que fué su esposa, al clero de Granada.

Cerca ya de la población, al dar vista á la puerta de Elvira, la comitiva hizo alto, y esperó la llegada de otra, no menos lucida y mucho más numerosa, que, entonando fúnebres salmodias, por las puertas de la ciudad adelantaba.

II.

La emperatriz era aún joven cuando murió, y siempre había sido hermosa.

Poco tiempo despues de su llegada á España, y de sus bodas en Sevilla, vino con el César su esposo, á visitar el más hermoso florón de su imperial corona; y, por extraño, y más que extraño, desconsolador contraste, á los trece años, volvian para ser en ella depositados sus inanimados restos.

En la morada de los reyes árabes, en esa Alhambra, maravilla del mundo, encanto y orgullo de los propios, sueño y envidia de los extraños; eden creado por el amor y la voluptuosidad, con sus melancolías y sus silencios, sus sombras y sus murmullos, sus misterios y su fascinacion irresistible, sintió acaso la hermosa doña Isabel, los primeros síntomas de maternidad; y el jóven emperador, al lado de su esposa, gozó de dias deliciosos, acaso los más bellos y tranquilos de su agitada vida.

En grata conmemoracion de tan dulce recuerdo, soñó entonces, que sus restos y los de su esposa, hallasen en su día con los de sus abuelos venerandos, eterno reposo bajo su hermoso cielo; y además, proyectó é hizo principiar la construccion del gran palacio. Pero... como prueba de las vicisitudes del tiempo,... hoy, ni la hermosa ciudad guarda sus cenizas... ni el palacio se concluirá jamás.

La historia nos dice que, dotada la emperatriz de hermosura extremada y excelente índole, era además sábia y magnánima.

Las expediciones del emperador fuera de la península, eran frecuentes y justamente motivadas por las guerras y disensiones en Italia y el Piamonte, Flandes y Alemania; enemistades y convenios con Francia y con el Papa; irrupciones de los turcos, célebre expedicion á Tunez, y los sérios y trascendentales trastornos producidos por los luteranos del Norte. Y en estas ausencias, más ó ménos dilatadas, la emperatriz, con el consejo de varones ilustres, ejerció la gobernacion del reino á satisfaccion de todos.

Y guardadora fiel de la dignidad que ostentaba, y del honor de su esposo, jamás las nubes que acaso alguna vez en su imaginacion surgieran, empañaron su purísima frente; y, ni la historia, ni la crónica, han podido hallar la más ligera sombra en aquella corta existencia, en aquel fugaz reinado,

en aquella angelical figura, modelo acabadísimo de virtud y abnegacion.

El jóven marqués de Lombay, por sus honrosos oficios en palacio, siempre al lado del emperador, y más aún del príncipe heredero D. Felipe, tuvo necesaria ocasion del más íntimo contacto con la emperatriz.

Desde el primer instante, su juvenil imaginacion concibió un afecto tan vehemente y sincero por doña Isabel, que sus facultades todas eran poco para admirarla, y su adhesion constante, insuficiente para servirla; pero este sentimiento, qué bien pronto se convirtió en adoracion respetuosa, absorbía de tal modo su imaginacion y su alma, que no dejaba lugar, ni á una sombra, ni á un pensamiento, ni á un deseo de amor terreno.

Así, entusiasta admirador de sus virtudes, ciego idólatra de las bellezas de su alma, hizo de su amor una religion; de su adoracion un culto; y sin discernimiento, sin voluntad propia, siguió siempre á la córte en Toledo, Valladolid y Barcelona, esclavo de aquella pasion platónica, por nadie sospechada, tan exenta de halagadoras esperanzas como de tempestuosos celos, y dispuesto siempre á la abnegacion y al sacrificio.

III.

De regreso á Niza el emperadór, donde acababa de ajustar una nueva tregua con el Papa y con el rey de Francia, celebró Córtes en Toledo, que por cierto fueron bien borrascosas; y en este tiempo, falleció la emperatriz, al dar á luz otro príncipe, tambien muerto. El duque de Gandía, que por asuntos de su cargo estaba ausente, volvió precipitadamente á Toledo, al saber la triste nueva.

Llegó; y, en uno de los salones del palacio, tapizado de negro y oro, vió, expuesto en un magnífico féretro, rodeado de infinitos blandones, el cuerpo inanimado de la emperatriz. Dignidades de la Iglesia, frailes y ricos-hombres oraban, y el silencio era sólo interrumpido por el melancólico murmullo de las preces.

Doña Isabel, en el lecho mortuario, que sus damas habian casi cubierto con flores olorosas, parecia reposar dormida. Tenia los ojos blandamente cerrados; la nítida blancura de sus mejillas transparentaba las azules venas; sus lábios, pálidos como un capullo separado del fresco tallo, parecian sonreír; y sus manos de alabastro estrechaban un crucifijo sobre su seno, de formas virginales.

Flaquearon las rodillas á Lombay, se estremeció su corazon, y, juntando sus manos, cayó de hinojos; y en aquel supremo instante, absorbiendo, con tenaz mirada y con extático arrobamiento, el marmóreo rostro y el rígido cuerpo de su ídolo, sintió en su sér la revelacion aterradora de la vehemencia de aquella pasion voraz, hasta entónces contenida, alma de su existencia y vida de su pensamiento.

Y el dolor y la desesperacion ofuscaron su mente; y extrañas visiones, y horribles fantasías oscurecieron su entendimiento; y subiendo como densas brumas del corazon á la cabeza, perturbaban su razon, próxima á desvanecerse en el vértigo, y acaso en la locura.

IV.

La temprana muerte de la emperatriz, que aún no contaba treinta y ocho años, fué muy llorada por su esposo, y sentida por todo el reino. En Toledo se le hicieron suntuosísimas exéquias; y hasta en Francia, apesar de las enemistades del rey Francisco, le hicieron solemnes honras.

El emperador dispuso que con gran pompa fuesen conducidos sus restos á Granada, y Gandía fué, como ya hemos dicho, el encargado de la triste mision.

Verificóse la marcha; y en los puntos por donde pasaba el fúnebre cortejo, el clero, las corporaciones y el pueblo, acudian á rendir al egregio cadáver, tributos verdaderos de preces y de lágrimas.

Al sufrir la inteligencia de Lombay el rudo choque producido por la muerte de aquel sér tan querido, y sentir, por revelacion tardía, la trasformacion del amor ideal, único pla-



cer de su soñadora existencia, en la devoradora pasión que torturaba su alma y excitaba su pensamiento, era para su mente, alcanzar la realización de los delirios que alimentaba, creerse dueño único de los restos inanimados, de la que, en vida fué tan sólo, casto ideal de sus dorados sueños.

Y, aceptó con gratitud, pero como de propio derecho, el cargo de confianza que el emperador le confiriera; pues juzgaba, en la ofuscación de sus ideas, que, rotos por la muerte los vínculos que á doña Isabel unían con el mundo, él solo era acreedor á la posesión de aquel cadáver, de aquel féretro, que encerraba todos los afectos de su corazón, todas las aspiraciones de su fantasía, las ilusiones todas de su espíritu.

Y, celoso guardador, no se alejaba un momento de aquel tesoro; y el alimento no le era preciso, ni el sueño indispensable. Y cuántas veces, en las horas de descanso, del lento viaje, durante el cual ni aún despojóse de su arnés, recostando su febril cabeza en el ataúd, y al parecer dormido, sentía, creía ver, que el augusto cadáver, desprendiéndose de su funeral mortaja, renacía á una segunda vida, y le mostraba otro mundo ideal, donde, exentos de debilidades carnales y de sociales preocupaciones, sus espíritus unidos por amor indefinible, gozaban de placeres nunca descritos, delicias inconcebibles, y éxtasis jamás soñados por la más delirante fantasía.

De este modo, á muy lentas y cortas jornadas, que fueron de goce y martirio para el marqués, llegó á Granada el cortejo, en la hermosa tarde de primavera en que principiamos este informe relato.

V.

La comitiva que por el llano adelantaba, compuesta del clero de la Catedral y de la Real Capilla, con el reverendo arzobispo don Gaspar de Ávalos á la cabeza, la parroquia de la ciudad con cruces y mangas, la Real Chancillería, Inquisición, comunidades, grandes, títulos y caballeros, todos llevando hachas encendidas, avanzó, rodeada y seguida de nu-

meroso pueblo, hasta encontrarse con la que conducía el rúgido ataúd. Colocado el féretro en un estrado preparado al efecto, principiaron las preces de la Iglesia.

El marqués, en uso de su especial prerogativa, en pié, al lado del ataúd, contraída la fisonomía, rugosa la frente, y estrujando con su crispada mano uno de los extremos de la bordada tela, semejaba un rígido espectro, en que la vida toda hubiera refluído á la febril expresion de sus ojos, enrojecidos por el insomnio y por las vigiliás. Parecía haber envejecido diez años.

El grave silencio de la compacta multitud, sólo era interrumpido por los monótonos ecos de los fúnebres cantos. La tarde terminaba. Los últimos reflejos del sol poniente daban con enérgicos toques los puntos más elevados del bello paisaje, y las azuladas sombras, invadiendo los planos del terreno, y haciendo brillar las luces de los blandones y de las hachas, daban mayor melancolía, más triste solemnidad á aquella escena.

Las lombardas de la Alcazaba y de la Alhambra lanzaban al espacio el eco de sus repetidas salvas, y las campanas de todas las iglesias de la ciudad enviaban con las áuras sus lúgubres tañidos, desde las enhiestas torres.

«El día en que el espíritu se exhala, cantaban los sacerdotes, vuelve el cuerpo á su tierra original, y todos los vanos pensamientos desaparecen.»

«¿Por qué, Señor, apartas de mí tu rostro y me tratas como enemigo? ¿Por qué muestras tu poder contra una hoja que arrebató el viento, contra una paja que arrastra el vendaval?»

«Los años vuelan rápidos, y jamás volverán por el camino que recorren.»

Aun cuando el alma de Lombay parecía extraña á todo lo que pasaba á su alrededor, la triste armonía de aquellos cantos del Libro de Job hería su cerebro, hallando en ellos el eco de sus mismas tristezas; y al oír,

«Pasaron mis días: todos mis pensamientos se desvanecieron, y se disiparon todas las esperanzas de mi corazón. Digo al sepulcro, tú serás mi padre, y á los gusanos, vosotros seréis mi madre y mis hermanos...»

R. 91569

Un frio glacial penetraba en su alma, y aquellas voces se le hacian aterradoras y siniestras.

«Mis dias se han desvanecido como el humo, y en polvo se han convertido mis huesos.

«Los muertos duermen en el polvo; pero ellos resucitarán.

«¡Resucitarán!»

Y el coro respondia...

¡Resurgent!... ¡resurgent!

Cesaron los cantos: era llegado el momento de hacer la entrega del cadáver.

El marqués, que anhelaba con ánsia y temia con terror aquel instante, desprendió de su cuello la dorada llave que sobre el corazon llevaba, y más pálido aún, casi vacilante, haciendo sobre sí mismo un violento esfuerzo, con la resolucion suprema del soldado avanzando á la trinchera tras una muerte probable, hizo girar las cerraduras del ataud; y al mismo tiempo que los pajes levantaban la pesada tapa, con mano firme, y, conteniendo los latidos, todos, de su corazon, arrancó el rico sudario que cubria el rostro de la muy hermosa señora la emperatriz doña Isabel.

Un grito de sorpresa se oyó: una exclamacion de terror, exhalada por todos aquellos que por su proximidad podian ver el cadáver. El mismo Lombay retrocedió un paso... y se cubrió de helado sudor su torva frente.

¡Era una vision terrible!..... ¡El semblante de la muerta aparecia horriblemente desfigurado. Su color densamente cárdeno; los ojos vacíos por la descomposicion; descubiertas las fosas nasales; la boca, excesivamente abierta por contraccion extraña, al simular horrible mueca, mostraba sus dientes, ántes como perlas, y entónces largos y descarnados!.....

El arzobispo, repuesto el primero de su sorpresa, preguntó á Lombay, con las fórmulas acostumbradas, si prestaba juramento de ser aquel el cuerpo de la difunta emperatriz.

El marqués, tan lívido casi como el cadáver, apoyando una mano sobre el ataud, y la otra sobre su pecho, exclamó con voz que no parecia de este mundo:

—¡Juro, señor, que este ataud que aquí veis, es el mismo de que se me hizo entrega en Toledo; juro tambien que este

ataud no ha sido abierto, ni tocado, ni perdido de mi vista!... Pero, ¡jurar que ese cuerpo, ese rostro sean de la emperatriz doña Isabel, mi señora, cuya belleza sólo era comparable á la de los ángeles!..... eso..... ¡jamás, jamás!.....

Volvióse á cubrir el féretro, y la procesion púsose en marcha hácia la ciudad, dejándose oír de nuevo los cantos sepulcrales.

«¡Señor, yo clamo á tí, desde el fondo del abismo; lleguen á tí mis clamores!.....

»¡Devolveremos la tierra á la tierra, la ceniza á la ceniza y el polvo al polvo!.....

»¡Bienaventurados los muertos! ¡Dichosos los que mueren en el Señor!.....»

.....

Sólo ya Lombay, que había ordenado á su escudero le dejase, llevándose el caballo, seguía con ojos extraviados la ya lejana comitiva, hasta que, envuelta en los misteriosos reflejos del crepúsculo, desapareció por la puerta de Elvira, y, en tanto, repetía murmurando.....

—¡Señor..... desde el fondo del abismo te imploro!..... ¡lleguen á tí mis clamores!.....

VI.

Cuando ya se iba extinguendo todo rumor, todo eco de la descrita ceremonia, el marqués dejó caer la cabeza sobre el pecho, y maquinalmente, se internó por una revuelta senda, que cruzaba las huertas y campos de la derecha del camino.

La noche había llegado: sus sombras avanzaban, y algunas pálidas estrellas destacaban ya su luz en el oscuro cielo.

La soledad de aquellos terrenos era completa, y sólo se percibían esos mil rumores del campo solitario, que no interrumpen el silencio, ni distraen la meditación.

Lombay caminaba con vacilante paso, como impelido por extraños resortes, sin sentir el viento en su desnuda cabeza, sin objeto ni dirección, por sendas y sembrados, cuando al rodear unas altas tapias, que hasta entónces no había visto,



llegaron á su oído ecos lejanos de extraña armonía, que parecían descender del cielo, y era tan vago y dulce su sonido, que se sintió fuertemente impresionado; y adelantóse por aquellas cercas, como atraído por aquel himno de paz, y subió una corta escalinata, y salvando una puerta que estaba entreabierta, hallóse bajo las sombrías bóvedas de un inmenso templo.

La extension de sus naves, escasamente alumbradas por los mortecinos reflejos de alguna lámpara en el espacio suspendida, se perdía en la oscuridad del fondo y en las curvas invisibles de su elevada cúpula.

Ténues reflejos de la claridad exterior del cielo, filtrándose por los pintados vidrios de sus rasgados tragaluces, producían caprichosos y fantásticos efectos de luz con azuladas tintas en los relieves, imágenes y figuras del magestuoso retablo, en que la iglesia terminaba; y, ante el altar mayor, se distinguían algunas informes sombras arrodilladas, y otras que se movían silenciosas, y se perdían y volvían á aparecer, como fantasmas en antros desconocidos.

La preocupacion del marqués no le permitía darse cuenta del lugar donde se hallaba: los misteriosos ecos que le atrajeran, habían cesado por completo, y el silencio era cada vez más pavoroso.

Al perder de vista el cielo, al dejar de aspirar las siempre puras brisas del campo, la sorda tempestad que rugía en su pecho, se había exaltado; y aquel misterio, y aquel silencio, y aquella oscuridad, armonizando con el estado de su espíritu, aumentaban la ofuscación de su mente. Separado para siempre del fantástico móvil de sus desvelos, se halló sólo en el mundo, sin objeto en la vida, sin norte su existencia, sin porvenir, sin rumbo y sin aliento.

¡Miraba en torno de sí, y nada hallaba que atenuar pudiera sus aflicciones..... miraba al cielo..... y acaso una imprecación blasfema pugnaba por brotar del corazón á sus labios!.....

Y recordaba aquel desfigurado rostro, cuya horrible deformidad parecía querer anteponerse á los bellos recuerdos del ideal perdido..... y las fúnebres antorchas pasaban y repasa-

ban con dudosa claridad ante sus cerrados ojos..... y el canto de los monjes y las tristísimas salmodias zumbaban en sus oídos y se confundían en su pobre cerebro, ya próximo á estallar.....

A poco, la suave música volvió á dejarse oír. Era el órgano, cuyos raudales de armonía, extendiéndose por las desiertas naves, parecían descender de los espacios infinitos; y voces viriles, pero contenidas, se mezclaban á los acordes del grandioso instrumento, en plegarias fervientes y en himnos de dulces melodías, imponentes, consoladoras y misteriosas como la religión de que son eco.

El marqués, sorprendido, atónito, escuchaba con extraña fruición aquellos gratos acentos de paz, y parecíale que á su benéfico influjo, dulce laxitud iba gradualmente reemplazando á la terrible excitación de su febril delirio.

De repente, la débil luz de las lámparas pareció animarse, crecer y confundirse con otra claridad que de la misma oscuridad nacía, más diáfana y más lánguida y hermosa que los albores juntos de todas las auroras y de todos los crepúsculos; y murmullos y armonías más dulces que los sonidos de cien arpas, más sentidas que los acentos de todas las aves canoras, brotaban de aquel foco de luz, que se extendía y se agrandaba al difundirse, llegando hasta Lombay.

Y allá, en lo más alto, entre dorados vapores como eternos efluvios de increada luz, creyó ver aparecer la imágen adorada de doña Isabel, no como últimamente la había visto, hedionda escoria de humanas vanidades, sino más radiante y más bella que en sus más felices días; envuelto su cuerpo en vaporosas nubes, trasfigurado y divinizado su dulcísimo semblante, y reflejándose en la sublime expresión de sus ojos, los célicos destellos de la bienaventuranza.....

.....
La combatida inteligencia del marqués no pudo ya soportar tantas y tan violentas emociones, y cayó al suelo desvanecido.

VII.

Los monjes de San Jerónimo, despues de haber rezado sus oficios nocturnos, al ir á cerrar el suntuoso templo, en aquella época apenas concluido, vieron al desmayado caballero; y conduciéndole á una celda, le prodigaron sus caritativos cuidados.

Al volver en sí, era presa de una violentísima fiebre que puso en riesgo su vida: salvóle sin embargo de aquella crisis, su juventud y fuerte naturaleza; pero su corazon habia quedado herido.

Poco tiempo despues, abrazó la vida monástica; renunció todos sus bienes, honores y títulos por vestir el hábito de Loyola, siendo el resto de su vida ejemplo de humildad, de virtud y de caridad cristiana: rehusó varias veces la púrpura cardenalicia, y fué su muerte la del justo.

Canonizado por el pontífice Clemente X, aquél que habia sido en el mundo marqués de Lombay y duque de Gandía, fué venerado por la Iglesia en el catálogo de sus santos, con el nombre de *San Francisco de Borja*.

Aún conserva y refiere el pueblo de Granada tan edificante tradicion, que la historia consigna; y aún subsiste desde aquella época, en el sitio donde tuvo lugar la entrega y reconocimiento del cadáver de la emperatriz, cerca del campo del Triunfo, una esbelta cruz de mármol que perpetúa el hecho, y es conocida con el nombre de *la cruz blanca*.

J. ACOSTA.

Mayo 1880.